



Ministerio de Relaciones Exteriores

Cambios, tecnología y políticas públicas en el agro

ING. AGR. ALVARO RAMOS TRIGO

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

Las reflexiones que aportamos en esta breve nota, quieren inscribirse en el marco del 25 aniversario de la revista que edita el Plan Agropecuario. Sin duda, este hito periodístico estará también abonado por otras reflexiones y aportes que enriquecerán mucho más el acervo intelectual y técnico de un instrumento de comunicación que, como la Revista del Plan Agropecuario, tanto ha hecho y tanto puede hacer en un nuevo tiempo para el campo.

Los lectores, observadores atentos de la realidad de nuestro agro, saben que todas aquellas actividades de extensión que hoy día se realizan son un éxito completo en concurrencia de público, en cualquier zona del país.

La demanda de nuevos instrumentos tecnológicos capaces de incrementar la productividad es sostenidamente creciente.

Por otra parte, sólo la fuerte incorporación de tecnología que se ha dado en los últimos seis años, puede dar razón al formidable aumento de la producción y sobre todo

de la productividad, que existe actualmente en el agro en general y en casi todos sus rubros.

Echemos de paso un breve vistazo:

En materia de producción ganadera, en los últimos años hemos ido batiendo sostenidamente y en serie, records en materia de faena y al mismo tiempo de stock, hecho que pone de manifiesto que el primer récord batido, no es producto de las tan temidas y perversas fases de liquidación.

A su vez, dentro del récord de faena, hay otro quizás más estimulante y que es el de la faena de ganado joven, pero además estamos viviendo años con records de extracción.

A ello debemos agregar dos nuevas marcas que superan las anteriores: la de vientres entorados y al mismo tiempo de vaquillonas de dos años entoradas.

Veamos ahora cómo es esto posible, aún a pesar de períodos de sequía muy marca-





dos que, sin duda, han dificultado la actividad de los productores, y afectado seriamente la viabilidad de los ganaderos más pequeños o de aquellos que producen sobre suelos de menor calidad.

Prestemos atención entonces a lo que ocurrió con la inversión. Récord de praderas sembradas, de consumo de fertilizantes, de venta de tractores, de inversiones en tiego, de ganado suplementado.

Demostremos un vistazo ahora a otros rubros, por ejemplo records en producción y productividad de trigo y cebada, y en la oferta exportable de estos rubros y sus derivados. Récord en la productividad de arroz. Duplicación de la producción de girasol. Récord también en la producción y productividad de leche, así como en las exportaciones de lácteos.

Todo esto ha tenido como consecuencia un crecimiento del PBI agropecuario en 1996 de 12,5%.

Pero sería terriblemente equivocado pensar que este despertar tecnológico o estos indicadores se dan por alguna conjunción de situaciones casuales, por algún descubrimiento científico o por alguna modificación en la estructura institucional de las organizaciones del agro uruguayo.

A nuestro juicio, este comportamiento dinámico y positivo del sector se da por dos grandes conjuntos de factores.

Uno de ellos es el de las modificaciones ocurridas en las políticas públicas para el agro y su mantenimiento a ultranza en los últimos años.

El otro conjunto de razones, es el derivado del empeño de los productores —empresarios rurales— que han debido esforzarse cada vez más en una sabia y consistente combinación de los factores productivos, para mantener en la mayoría de los casos —o aumentar, cuando es posible agregar valor al producto final, o captar porciones de valor de la cadena productiva— la rentabilidad de la inversión en la empresa agropecuaria.

La productividad es cada vez mayor, los

índices siguen mejorando pero cada vez cuesta más vivir de la actividad agropecuaria —se están poniendo a prueba, además, pautas de comportamiento social en la comunidad de uruguayos vinculados al campo.

Volveremos después sobre estos factores, pero permítame el lector verificar ahora las políticas públicas, que habiendo cambiado en el buen sentido (primer elemento positivo), perduran (segundo elemento positivo) y deberán perdurar aún más tiempo.

A nivel general, lo más trascendente fue el proceso de intensa apertura económica y de desregulación productiva que, en lo esencial, propició la administración anterior, luego confirmado por ésta. Este proceso ha significado una importante reasignación de recursos y nuevos padrones de especialización productiva, habiendo generado un formidable beneficio neto para el país, aunque no hayan faltado tensiones sociales que venimos resolviendo mucho mejor que otras naciones de la región.

Junto a este proceso de apertura y desregulación general, el país se ha dado, con madurez, un marco macroeconómico estable, cuidadoso de sus equilibrios en lo interno como en lo externo, abonando así, una tradición que internacionalmente se premia con la calificación recientemente otorgada al Uruguay.

En lo sectorial, las reformas han sido muy trascendentes y gravitantes, porque el agro fue, tradicionalmente, el soporte de la economía a partir de transferencias intersectoriales que se han eliminado totalmente. Precisamente esta eliminación de transferencias es la que ha hecho posible la aparición, en toda su magnitud, de las ventajas comparativas que siempre tuvo el campo. No olvidemos, por habernos acostumbrado a ellas, todas las medidas que se tomaron para suprimir las transferencias a las industrias —curtidora, frigorífica, molinera, etc. Tampoco olvidemos que la apertura y la nueva inserción internacional del país han posibilitado no sólo acceder a nuevas y cada vez



más importantes oportunidades de negocios, sino también a la provisión de insumos y bienes de capital a precios competitivos.

La empresa agropecuaria tiene, desde hace algunos años, un marco general totalmente estable y completamente libre de la incertidumbre derivada de las intervenciones de los gobiernos, que han perdido por un buen tiempo, grados de libertad. Ahora, son definitivamente las relaciones de precios las que condicionan las decisiones de producción y de inversión. La expectativa de ganancia —o su contracara el temor a la pérdida, que es en realidad lo mismo— es la que orienta al productor rural. Este, consciente de sus ventajas y en dominio pleno de sus decisiones económicas, sin interferencias centrales, ha respondido como era de esperar con formidables incrementos de productividad.

Estamos en la hora de la tecnología. Para poder hablar de siembra directa, de riego, de suplementación, ha sido necesario eliminar los aranceles, deducciones, transferencias, stock regulador, u otras intervenciones o prohibiciones que usualmente los gobiernos solían utilizar.

Estaremos de acuerdo que existe un marco de políticas sectoriales estable, que hace que medidas hoy consideradas normales, siete u ocho años atrás eran inimaginables e integraban el glosario de demandas gremiales, reiteradas sin éxito por décadas por el conjunto de entidades rurales.

Pero volvamos finalmente sobre el cúmulo de factores que afectan ahora la vida del hombre de campo, del productor y del empresario rural.

Es preciso aumentar la productividad a una tasa muy elevada, abatir costos, mejorar la gestión, integrarse, en lo posible, en la cadena agroindustrial, incorporar tecnologías pensadas más en procesos que en pro-

ducto, para que la rentabilidad crezca en términos modestísimos.

Y qué decir de los productores marginales en diversos rubros, por su acceso a los factores de producción: suelos (tamaño y calidad), capital y mano de obra.

Es, por tanto, hora de la tecnología. No sólo la de producción, sino también de comercialización o de gestión empresarial.

Es hora de perseverar en las políticas y de profundizar aquellas que incentiven los programas de ayuda multidisciplinaria al pequeño productor; políticas públicas que estimulen la inversión en el interior del país en complejos agroindustriales capaces de agregar valor y potenciar la producción primaria hacia el consumidor, utilizando la transparencia en la formación de precios, despejando incógnitas para formar expectativas sociales de ganancias.

No todo está bien, pero mucho ha cambiado para bien, especialmente la libertad de la decisión empresarial.

Indudablemente vivimos momentos de grandes retos, de riesgos nuevos pero tomados libremente por cada uno, por sí y ante sí, sin intervenciones de nadie. Las estrategias defensivas que conducían al paradigma tecnológico de mínimo riesgo, mínima inversión, no sólo parecen haber terminado sino que en este contexto son suicidas.

Para que la decisión del empresario rural sea calificada y reduzca el riesgo, la información y la capacitación son vitales. Estamos en los "nuevos tiempos" que implican mayores desafíos, pero llenos de ilusiones de que, si seguimos por la huella marcada vendrán horas mejores, de bonanza para el campo y de mayor bienestar para la nación.

Es mi deseo que la revista del Plan Agropecuario continúe siendo un instrumento de suma utilidad para el medio rural.